

Lectura y política*

**Luiz Percival Leme
Britto****

Traducción de
GUILLERMO A. MERINO GUTIÉRREZ

El título de este artículo puede sonar anticuado en un momento en el cual el habla dominante busca despolitizar tanto el acceso a la escritura y a los saberes y valores que ella difunde, como la crítica del conocimiento. Los discursos "oficiales" refuerzan la idea de que leer es una cuestión de hábito o de gusto, que se adquiere por fuerza de voluntad individual, independientemente de los vínculos sociales establecidos por el sujeto.

Sin embargo, no se puede, en la reflexión sobre la construcción del conocimiento y su relación con la lectura, dejar de lado el modo como es elaborada y vinculada la información, particularmente aquella que está presente en los textos escritos de circulación pública, al igual que las configuraciones ideológicas dentro de las cuales se construyen los valores y saberes dominantes en la sociedad industrial de masas que conforman las llamadas prácticas lectoras.

El conocimiento no es información, y tampoco se caracteriza o se mide por la cantidad de información disponible o almacenada por algún sistema.

Si es verdad que la capacidad de articular críticamente elementos del mundo para crear conocimiento, exige información, ya que no se construye conocimiento a partir de la nada, es verdad también, que éste sólo puede ser construido, porque el sujeto dispone, dentro de determinado contexto histórico, de condiciones de manipulación intensa de informaciones (datos, hechos, teorías, interpretaciones) de diversos grados de complejidad.

El conocimiento, tanto el de un individuo, como el de una sociedad, es necesariamente delimitado, definido por la situación histórica concreta. Y esto tanto desde el punto de vista del

* Traducido por Guillermo A. Merino Gutiérrez, de: *Leitura: Teoria & Prática*. Revista Semestral da Associação de leitura do Brasil.

** Presidente de la ALB y profesor del programa de Maestría en Educación de la Universidad de Sorocaba (UNISO), SP.

conocimiento científico, que implica la aprehensión y la comprensión de los hechos del mundo dentro de un marco discursivo definido, como desde el punto de vista de los valores y representaciones que se hacen sobre el mundo, sobre la misma sociedad, sobre cada uno de sus miembros y sobre sus acciones, principalmente en lo que se dice respecto de las relaciones de producción y de consumo y al ejercicio del poder. Tal como nos lo enseña Paolo Freire, "la conciencia de sí de los seres humanos se muestra contraria a la conciencia de las cosas, de la realidad concreta en que se encuentran como seres históricos y que ellos aprehenden por medio de su habilidad cognoscitiva"¹.

La información por su parte, no es el hecho ni el acontecimiento como tal. Ésta es resultado siempre de una elección u obstáculo específico entre millones de posibilidades, elecciones y obstáculos estos que, por su parte surgen o se realizan en función de las relaciones que los sujetos establecen al interior de la sociedad en la cual están insertos. Ya sea como parte de la realidad o como proyección de la imaginación, cualquier información se articula y gana sentido dentro de una red compleja de otras informaciones ya enunciadas o posibles de ser enunciadas.

Hay, naturalmente, informaciones de interés restringido, como aquellas que se refieren a la vida privada de cada individuo, a su círculo inmediato de relaciones, y hay aquellas de interés colectivo, que hablan al respecto de la organización de la vida social o de los hechos del mundo de supuesto interés general. El hecho de que la información tenga tal o cual amplitud, es decir, que sea privada o pública, no depende de su naturaleza, sino de la propia dinámica social: el resultado de un partido de fútbol de barrio es una información de la misma naturaleza que un resultado de la final del campeonato nacional; la noticia de la muerte de una joven, tiene el mismo funda-

mento que la noticia de la muerte de la princesa; la presentación de la opinión de un operario sobre la venta de empresas estatales tiene el mismo carácter que la opinión del comentarista económico de un noticiero de televisión. No obstante, las primeras son de circulación restringida y por eso interesan apenas a aquellos directamente afectados, en tanto que las segundas se articulan en el espacio público y adquieren atributo de interés general.

Es posible identificar, articulados al proceso de circulación de la información pública, un conjunto de "criterios de relevancia", que por así decirlo, determinan tanto la producción de la información, como su recepción. Si preguntásemos qué es lo que hace de un hecho una noticia de interés público, tendríamos que decir que ello depende de:

- Su alcance, es decir, a quién potencialmente interesa tomar conocimiento de esta noticia;
- Su densidad, esto es, en qué nivel la noticia se articula con la red de saberes y de prácticas sociales, y por tanto cuál es su relevancia político-social;
- La finalidad de su divulgación, es decir, qué efectos puede causar, qué consecuencias tendría sobre la red de saberes o sobre las representaciones político-sociales;
- Su grado de impacto, esto es, cuáles son los desdoblamientos posibles de la información, en el momento histórico en que es producida;
- Su calidad de inédita, es decir, en qué proporción la noticia es desconocida por el público al cual va dirigida; y, finalmente;
- Su grado de veracidad, es decir, en qué medida la información puede ser objeto de verificación o confirmación por testimonio o demostración.

Tales criterios no son absolutos ni universales, sometidos a las implicaciones éticas,

políticas y económicas de la producción y divulgación de informaciones.

Es en función de los valores y saberes socialmente establecidos, de los intereses políticos y económicos de los agentes productores y del lugar de origen del hecho (la importancia relativa del afectado o del productor del conocimiento en la escala social) que la noticia de determinado acontecimiento o la divulgación de determinado concepto científico o precepto moral es transformada en "información". En fin, aquello que se entiende por información resulta necesariamente de la acción política de instancias de poder (o de contrapoder) en la forma de un producto cultural socio-histórico.

En el análisis del concepto de información, es común olvidar dos cuestiones fundamentales para el entendimiento del proceso de construcción de conocimiento: la de que toda información tiene un valor extrínseco que le es agregado en el acto mismo de su enunciación; y la de que una información es nueva, no porque nunca haya sido enunciada, sino porque es enunciada precisamente dentro de un contexto de producción del discurso. De ahí que sea necesario poner mucha atención en el análisis de los procesos de construcción y producción de la información, a los siguientes aspectos:

- Su lugar de producción (una instancia gubernamental, una universidad, el sistema educacional, una agencia de noticias, una iglesia, etc.).
- Su espacio de circulación (medios de comunicación de masas, lugares de trabajo, escuela, espacios públicos de ocio o de consumo, círculo social inmediato); y
- La inserción o rol social de los sujetos que la reciben.

Tales criterios, repito, no son naturales, son fruto de la organización político-social, incluyendo en ellos los intereses políticos y económicos de los agentes de producción de la infor-

mación. La no consideración, ingenua o deliberada, de la dimensión política del contenido de la información y del proceso por el cual es constituida y puesta en circulación, impide la percepción crítica del carácter social y político del conocimiento, asignándole una objetividad y neutralidad que, en la práctica, significa entenderlo como algo que está fuera de la propia historia.

Es lo que hace por ejemplo el jurista y político Michel Temer, en un artículo en el cual defiende la necesidad de la reducción de la edad de la inimputabilidad penal del menor para pasarla de 18 a 16 años. Para sustentar su tesis, utiliza como argumento central el hecho de que "en función de los avances tecnológicos, de la rapidez de las comunicaciones y de la divulgación masiva de bienes de consumo, que han generado alteraciones cada vez más rápidas en el medio social, el hombre de hoy recibe diariamente cantidades de información—vía radio, prensa, revistas y televisión— como jamás recibió en tiempo alguno. El joven, niño o adolescente, sabe y conoce, hoy, mucho más que aquel de hace 20 ó 30 años"².

Se trata de una verdad a medias construida sobre una obviedad. El mundo moderno viene experimentando de hecho, enormes avances tecnológicos, con grandes repercusiones en el área de las comunicaciones. En los últimos dos siglos, se crearon varias formas de publicación de la información además del libro y de los productos de la prensa gráfica: la radio, el cine, la TV, las redes de computador. Se multiplicó igualmente la cantidad de información y, en cierta medida, se neutralizaron las diferencias cualitativas. Hubo modificaciones sustanciales en la práctica científica, aumentando tanto la cantidad de "verdades" conocidas como también la de "objetos" científicos.

En vista de eso, el autor se permite concluir, contrariamente a lo que sugiere la sicología mo-

1. Freire, Paolo. "Algunas notas sobre conscientización". En: *Acción cultural para la libertad*. Río de Janeiro: Paz y Tierra, 1976, p. 145.

2. Temer, Michel. "Los tiempos son otros". En: *Hoja de Sao Paulo*, 04/11/93, p. 3.

derna, que el adolescente del mundo contemporáneo tendría suficiente conocimiento de sí y de sus derechos y deberes de ciudadano y, consecuentemente, plena capacidad de discernir el sentido y las consecuencias de sus actos, de modo que estaría en condiciones de responder judicialmente por sus acciones.

Tal raciocinio, meramente cuantitativo, es mentiroso. Suponer que los individuos, por el hecho de que reciben mayor carga de información, tienen mayor conocimiento y, por tanto mayor conciencia y responsabilidad sobre sus acciones, es un raciocinio que sólo tendría sentido si no se consideraran la fuente productora y el tipo de información recibida, ni el modo por el cual ésta es incorporada por el sujeto y transformada en conocimiento, esto es, si no se considerase la historicidad de las acciones y la de los propios individuos. En otras palabras, para que tenga validez el argumento cuantitativo, sería preciso admitir que toda y cualquier información es expresión de verdad, siendo siempre neutra y relevante, así como que su incorporación a la representación del mundo de los sujetos que la reciben fuese inmediata y no sufriese ningún tipo de reelaboración.

Siguiendo esta forma de análisis de la realidad, sería imposible explicar por qué son tan fuertes ciertas creencias y tan frecuentes los comportamientos y hábitos reconocidamente agresivos a la condición humana. Por ejemplo, ¿Cómo entender que hombres modernos e informados, que se adhieren a una secta religiosa que preconiza el advenimiento de una nave espacial salvadora de la humanidad en la estela de un cometa, se castran, y se suicidan para emprender el viaje final? ¿Cómo explicar que un muchacho normal de 20 años, que vive en una gran ciudad, burle la seguridad de un gran aeropuerto y se meta en el tren de aterrizaje de un avión, para viajar fuera del país y morir congelado o asfixiado por ignorancia? Aún, ¿cómo admitir la idea absurda de que cualquier sujeto que escuchase radio diariamente sabría mucho más que Aristóteles,

Galileo o Goethe, ya que la cantidad de información recibida por él sería infinitamente mayor de la que estaba disponible en las épocas en que vivieron estos pensadores?

El raciocinio desarrollado por Temer, bastante difundido por el sentido común, no tiene en cuenta que la información no existe de por sí, siendo esto sí, un producto de la acción política, que la distribución de este producto entre los diversos segmentos sociales es diferenciada cuantitativa y cualitativamente, y que su recepción difiere en función del marco referencial construido por los sujetos.

Es preciso no perder de vista que, en la sociedad industrial de masas, la producción y circulación de textos escritos, como el resto de la información de amplia circulación, están directamente articuladas a los modos de ejercer el poder. No todos escriben y mucho menos tienen la posibilidad de tener sus textos circulando, del mismo modo que no todos tienen la posibilidad de hacer circular sus opiniones, ideas, etc. Y, al contrario de lo que se podría suponer, la disminución de los costos de producción gráfica y la expansión de los medios de comunicación electrónicos no han proporcionado la democratización del espacio público de circulación de las ideas. Al lado de productos caseros y de consumo privado o casi privado, lo que se comprueba es la concentración cada vez mayor, del poder de expresión pública, en las manos de pocos grupos, con fuerza política y económica, que monopolizan el mercado editorial y la industria de la información.

El equívoco de que el conocimiento resulta simplemente de la oferta de información se volvió aún mayor, en función de los vehículos y medios de la comunicación de masas, constituyéndose en una de las principales expresiones ideológicas de la cultura de la sociedad industrial.

La conclusión que el jurista mencionado quiere derivar de la constatación del avance tecnológico es falsa, porque idealiza la informa-

ción, y deja de lado el hecho, de que el conocimiento, que es siempre una representación simbólica de lo vivido, es resultado de la articulación de una infinita gama de informaciones, adquiridas en la interacción del sujeto con el mundo; así mismo, deja de lado que la información de circulación pública es un producto del mercado, sometido a criterios de evaluación propios del mercado, los cuales no siempre se establecen en función de una ética del conocimiento.

Cabe bien aquí, la advertencia de Abramo contra la fascinación por la "revolución informática": "Una de las graves plagas modernas es la creencia en la información". La vemos en plena actividad, por ejemplo, en los montones de papel dedicados a la llegada de internet a Brasil. La impresión es que ahora sí sabremos todo sobre todo: el conocimiento *ready-made* en las puntas de los dedos. (...) A partir de la constatación de que tales hechos ocurren, se pasa a afirmar que, el gran volumen de informaciones disponibles en medios que estarían en principio al alcance de cualquier individuo, representa la democratización del conocimiento y, por lo tanto, un estímulo decisivo al desarrollo de la ciudadanía, a la mitigación de las desigualdades sociales y así sucesivamente, abriendo una nueva era de progreso para la humanidad"³.

Concluye este autor que la ilusión de que la información puede ser procesada mecánicamente y de ese modo producir conocimiento, no pasa de ser "una modalidad de empirismo vulgar y, por tanto, de irracionalismo".

La cuestión de la relación entre lectura y conocimiento debe ser abordada siempre teniendo en cuenta el marco referencial arriba mencionado.

El debate sobre las cuestiones de la lectura, por lo menos en los últimos veinte años, se ha orientado a una especie de *a priori* tácitamente

establecido, aunque no explícitamente enunciado, de que la práctica de la lectura es fundamental para el desarrollo intelectual de los sujetos, contribuyendo de forma inequívoca a la construcción de una sociedad más equilibrada, en la cual haya más justicia, productividad y creatividad. En otras palabras, el mismo equívoco que se constató arriba en la comprensión de lo que debe ser la información, se manifiesta en relación con el valor de la lectura, la cual deja de ser una práctica social para convertirse en un acto redentor, capaz de salvar al individuo de la miseria y de la ignorancia. Según esta visión, el libro, entendido como objeto sagrado, objeto que encerraría saberes extraordinarios y enseñanzas maravillosas, adquiere contornos de panacea⁴.

Es desde esta perspectiva que las campañas educativas y de promoción de la lectura, insisten en el mundo maravilloso del texto; más aún, manifiestan un sentimiento nostálgico de un tiempo en el cual se leía con frecuencia y desenvoltura, práctica que habría sido abandonada en función de la comunicación electrónica.

Leer es una acción intelectual, a través de la cual los sujetos, en función de su experiencia, conocimientos y valores previos, procesan información codificada en textos escritos. La lectura se hace siempre sobre textos que se dan a leer, textos que traen representaciones del mundo y con las cuales el lector se ve obligado a negociar ya que "al leer un texto, el lector moviliza dos tipos de "información": aquella que se constituiría en su experiencia de vida y, aquella que le ofrece el autor en su propio texto⁵.

De este modo, la lectura tiene que ser pensada no sólo como procedimiento cognitivo o

4. A esta representación idealizada de la lectura y del libro nombré en otro artículo de "concepción redentora de la lectura". V. Britto, L.P. y Barzotto, V.H. "¿Para qué movimientos sociales por la lecturización de la sociedad?" En: *Lectura y crítica*, No. 3, agosto de 1998, Campinas, ALB.

5. Gerald, J.W. "Algunas funciones de la lectura en la formación de técnicos". En: *Lenguaje y enseñanza: ejercicios de militancia y divulgación*. Campiñas: Mercado de letras/ALB, 1966, p. 125.

3. Abramo, C. W. "Irracionalismo e información". En: *Hoja de S. Paulo*, 12/07/95, p. 3.

afectivo, sino principalmente como acción cultural históricamente constituida. Y por eso el producto que resulta de esta acción no es jamás la simple acumulación de informaciones, no importa de qué naturaleza sean éstas, sino son la representación de la representación de la realidad presente en el texto leído. Un valor por lo tanto. Valor este que no es creación original del sujeto, sino algo que se articula como el conjunto de valores y saberes socialmente dados.

Una vez que un texto es también la expresión de la representación que un sujeto hace de determinado tema y tiene, por la propia condición de la interlocución, intención de actuar sobre las representaciones de los lectores, su forma de representación, la temática y la estrategia argumentativa que elige, resultan ser siempre una acción política.

En este sentido la lectura es un acto de posicionamiento político ante el mundo. Y cuanto más conciencia tiene el sujeto de este proceso, más independiente será su lectura, ya que no tomará lo que se afirma en el texto que lee como verdad absoluta o como creación original, sino como un producto, como un resultado. La ignorancia del carácter político del acto de leer, por su parte, no anula su componente político, porque éste es constitutivo del proceso, sino que conduce a la mitificación de la lectura y de los textos impresos y al desconocimiento de los intereses y compromisos de los agentes productores de textos.

Dos factores son determinantes para que sobreviva con tanta intensidad esa concepción ingenua y perniciosa de la lectura. El primero es el enmascaramiento de la dimensión política de la lectura, que permite que cualquier lectura pueda ser considerada buena. El segundo, directamente relacionado con el primero, es la no consideración del objeto mismo sobre el cual incide la lectura: al considerarse en sí mismo el acto de leer, no se tiene en cuenta el hecho de qué textos se leen y que los textos son discursos que en-

cierran representaciones del mundo y de la sociedad.

Hay, igualmente, la valorización de una literatura de instrucción moral, compuesta de textos "edificantes", de fuerte cuño de reproducción ideológica, que predomina en los textos didácticos hasta los años setenta, como demostrarán cabalmente Marisa Bonazzi y Umberto Eco: "podemos reconocer, en aquellos textos, el instrumento más adecuado de una sociedad autoritaria y represiva, que tiende a formar súbditos, gente solitaria, integrante de cualquier categoría, seres unidimensionales, mutantes regresivos, pre-gutemberguianos"⁶.

Si hoy este tipo de lectura ya no es tan valorado, es por razones igualmente políticas y mercadológicas. En función de las transformaciones en el modo de organización del sistema capitalista, particularmente de la célula de producción y de consumo que ha dejado de ser la familia, para pasar a ser el individuo, donde valores como "patria", "familia", "heroísmo", siempre presentes en los textos escolares, fueron sustituidos por "mercado", "competencia", "competitividad". De hecho, se tiene una nueva agenda moral, fundada en otra ética discursiva.

Más recientemente, en función del debate escolar sobre la lectura y de un entendimiento estrecho de la idea de fruición o posesión del texto, difundida a partir de libros como: "El placer del texto", de Roland Barthes, y "Sobre la lectura", de Marcel Proust, se pasó a promover la lectura de entretenimiento, enfatizándose en el involucramiento emocional del lector, con la narrativa de ficción o la identidad inmediata entre el mundo del texto y el mundo del lector. Para Barthes, entre tanto la fruición o posesión del texto es muy diferente del placer, implica la ruptura, que es resultado de la intención crítica del sujeto, y que nada tiene que ver con la satisfacción ligera o con el zambullirse en la aventura de

6. Bonazzi, M. y Eco, Umberto. *Mentiras que parecen verdades*. Sao Paulo: Summus, 1980 (edición brasileira), p. 16.

las fantasías románticas, novelescas e idealistas. El texto de placer es "aquel que contenta, que llena, que provoca euforia, aquel que proviene de la cultura, que no rompe con ella, el que está ligado a una práctica cómoda de la lectura". El texto de fruición o de apropiación es "aquel que nos coloca en estado de pérdida, aquel que desconcierta, y nos incomoda (ese que tal vez nos produce hasta un cierto enfado), el que nos hace vacilar y que mueve las bases históricas, culturales y psicológicas del lector, la consistencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, que le hace entrar en crisis sus relaciones con el lenguaje"⁷.

Neutralizando la diferencia fundamental establecida por Roland Barthes, se ha generalizado la idea espontaneísta de que lo que se hace con "placer" es más agradable y más fácil de aprender. Escamoteando la necesidad de disciplina y de trabajo, difundiéndose la creencia de que la educación no puede ser plana, pesada o aburrida, de que tiene que ser "natural" (liviana, es decir Light). Puede decirse que, en primera instancia, el problema que se identifica no tiene que ver directamente con el texto en sí, sino con la actitud que se estima, esto es, con la forma de recepción del texto. No obstante, a partir del establecimiento del comportamiento, se pasó a la producción de textos más adecuados para tal fin. En fin de cuentas, la promoción de esta práctica de lectura, que en otra oportunidad llamé "pedagogía de lo agradable"⁸, favorece tanto el desarrollo de una producción editorial de textos "fáciles", pegados de la oralidad y reproductores del sentido común, como una aversión a la lectura crítica y al estudio sistémico y sistemático.

Es representativa de ese movimiento de valoración de la lectura de placer, la Campaña de animación a la lectura promovida por el Ministerio de Educación en 1997, con el lema "Quien

7. Barthes, Roland. *El placer del texto*. Sao Paulo: Perspectiva, 1977 (edición brasileira), p. 22.

8. Ver Britto, L. P. "Sobre la lectura en la escuela: 5 errores y ninguna solución". En: *Cuadernos*, 21, año 11, Centro de Ciencias de la Educación (USFC) Florianópolis, 1994.

lee, *viaja*": las piezas publicitarias de 30 segundos presentaban situaciones de personas leyendo libros en los lugares más variados (bus, playa, gimnasios) y de tal modo involucradas con la historia, que incorporaban físicamente al personaje. La lectura, comparada con un narcótico ("Quien lee, *viaja*"), nada tiene que ver con la construcción de conocimiento o con la experiencia solidaria y colectiva de crítica intelectual.

De la misma naturaleza, son las lecturas de textos de reproducción de la ideología del sentido común, en los cuales predominan productos específicos por categorías, y en los cuales se identifica el reflejo del mundo inmediato de los sujetos. Son productos de *mass media* (libros, revistas, videos, programas de radio y de televisión) en los cuales, según las palabras de Haquira Osakabe, prevalece la "armonía de sexos y franjas de edades, cuyas tensiones, al fin, se configuran como manifestaciones naturales y que naturalmente se diluyen. (...) En este universo poco hay que hacer, y la invitación a la reproducción de las actitudes parece ser el único llamado de acción"⁹.

En consonancia con las demandas del mercado y con el nuevo orden ideológico del capitalismo globalizado, el discurso moralizante, es sustituido por un pragmatismo tecnocrático, en el cual conviven tanto una nueva moralidad, en la cual se destacan los cuidados como la salud, el éxito profesional, el sexo libre sano y saludable, como una tendencia a la perversidad, como fuerte llamado a la agresividad, a la violencia y a los sentimientos de abandono y revuelta.

Finalmente, se multiplican en el tejido de la mítica informativa y de modo articulado con la concepción contenidística de educación, los productos de vulgarización de conocimientos generales, orientados en textos de naturaleza informativo-enciclopédica (atlas, manuales, diccionarios, etc.), particularmente aquellos que

9. Osakabe, Haquira. "El mundo de la escritura". En: Abreu, M. (org.) *Lecturas en Brasil*. Campinas, junio de 1995, p. 21.

incorporando el discurso de las novedades tecnológicas de la informática, se caracterizan como interactivos. Lo que más llama la atención en este tipo de productos, es la compartimentalización de los contenidos y la absolutización de las verdades, que de objetos históricos, son convertidas en información anodina. Particularmente es interesante observar de qué modo, este tipo de productos se articula con las exigencias mercadológicas: ofrecido a lectores de prensa en fascículos semanales, cumpliendo la función de promotor de ventas, de manera semejante a la función que tenían los folletines románticos para la imprenta del siglo XIX (curiosamente los intentos de relanzar el folletín, a través de la publicación en capítulos de libros famosos, no surtieron efecto mercadológico. Las novelas acabaron siendo sustituidos por atlas, diccionarios, manuales y libros de recetas culinarias).

La consecuencia inmediata de la concepción de lectura, predominante hoy en la práctica escolar y en las acciones de las campañas de promoción de la lectura, es la sumisión de las prácticas lectoras a la voluntad de las empresas de producción de textos e información. Se producen y se venden objetos de lectura, así como se producen y se venden otros objetos de la cultura de masas. La diversidad de los géneros de textos y de sus vínculos, se relaciona directamente con los intereses económicos y políticos de la industria del texto, que por su parte está cada vez más relacionada con las industrias de la información y del entretenimiento.

De este modo, no tiene sentido imaginar que tales prácticas de lectura puedan ser, de alguna manera, más relevantes o significativas que cualquier otra actividad de entretenimiento o de recepción de información, como ver una película, ver el noticiero de la televisión o ir a un parque de diversiones. Suponer como hacen algunos, una madurez progresiva del lector, que con el tiempo pasaría a la lectura de textos más densos, es lo mismo que suponer que pueda haber una ma-

duración en un espectador de cine, el cual a punta de tanto ver los enlatados de Hollywood, termina por convertirse en un buen admirador del cine de autor. Al contrario, la tendencia más probable, es la de que el lector, así como ocurre con el espectador que rechaza programas que le exigen un mayor involucramiento intelectual, se vuelve adverso a los textos densos bajo el argumento de que son complicados o aburridos. No es por casualidad que alumnos y profesores hacen mala cara cuando les preguntan por la lectura de obras como *Las Lusíadas*, de Luis Camoêns.

No se pretende con este razonamiento, sugerir que tales prácticas lectoras no produzcan conocimiento, sino que el conocimiento que producen, es esencialmente de aceptación de una representación del mundo en el cual las cosas son naturalmente como son, es decir, dadas, no tomadas como resultado de un proceso. No hay compromiso del sujeto con el proceso de reelaboración del saber instituido y, mucho menos cuestionamiento de los valores transmitidos. Y, considerando que uno de los conocimientos que pueden resultar de la lectura es la elaboración y ampliación de los mecanismos lingüísticos y argumentativos, la concepción ingenua de la lectura por los menos contribuye para que el lector amplíe su capacidad de leer, esto es, su capacidad de interactuar autónomamente con discursos elaborados dentro del registro de la escritura y referenciados en universos específicos del conocimiento.

La dimensión ética de la lectura que, para Benedito Nunes, representa la posibilidad "de descubrimiento y de renovación de nuestra experiencia intelectual y moral, de adiestramiento reflexivo, de un ejercicio de conocimiento del mundo, de nosotros mismos y de los otros"¹⁰, no es compatible con esta lógica de mercado y de embotamiento intelectual.

10. Nunes, Benedito. "Ética y lectura". En: *Lectura: teoría y práctica*. No. 27, ALB/Mercado abierto, Campinas, junio de 1996, p. 3.

En fin, se trata —para usar una expresión de Osakabe— de un tipo de lectura que se establece en la sociedad capitalista, como una necesidad pragmática: "se alfabetiza al individuo para que él sea más productivo al sistema" (y productivo aquí, puede significar tanto, la capacidad de seguir adecuadamente instrucciones de trabajo, como consumir los productos del mercado y de reproducir los valores de la clase dominante). No ocurre, de este modo, ninguna ruptura con lo ya dado, ni un acceso efectivo a otras formas de expresión de cultura y de conocimiento: "lector de un universo tranquilo, que debe ser el suyo, su escritura se inscribe en las prácticas que sirven a ese universo. Más allá de ese límite, el mundo de la escritura se turba y ella se torna peligrosa y corrosiva"¹¹.

Paulo Freire insistía en que "no es posible pensar siquiera la educación, sin que se esté atento a la cuestión del poder"¹². El mismo razonamiento se aplica al análisis de los textos impresos y demás objetos de la cultura y del modo por el cual son difundidos. El discurso dominante de la lectura como un bien en sí, desligado del embate ideológico, tiene como resultado la legitimación de mezquinos falseadores de la realidad y la valoración de prácticas y nociones que en nada contribuyen a la democratización del poder.

El reconocimiento de la dimensión política de la lectura, obliga a afirmar que, a través de ella se puede tanto reproducir la ideología dominante, que en las sociedades clasistas implica la sumisión de los trabajadores a los intereses del capital, como elaborar y reelaborar un conocimiento del mundo que permita al sujeto, en cuanto ser social, ejercer la crítica de la propia

sociedad en la cual está inserto, al igual que de sus propias condiciones de existencia.

En fin, el debate en torno de la cuestión de la lectura, particularmente de la figura del lector, viene siendo perjudicado por un equívoco fundamental: considerar la práctica de la lectura como cuestión de naturaleza ética individual y, en función de esto tomarla como un comportamiento subjetivo. Contrariamente a este punto de vista se defiende la tesis de que la lectura es una práctica social inscrita en las relaciones histórico-sociales, de modo que no hay en ella nada de intrínsecamente ético ni se define al lector en función de la cantidad o de la calidad de lo que lee, sino en función de su acceso a los bienes de la cultura letrada y a los códigos y valores inscritos en este universo.

Desde esta perspectiva, que se coloca más allá de la definición supuestamente técnica de la lectura en cuanto desciframiento de lo escrito, tanto se puede considerar lector a un individuo que no tenga el hábito de la lectura, como negar la perspectiva de que la lectura sea juzgada un comportamiento positivo, que implique la asunción de valores humanos tales como la solidaridad, la sinceridad y el compromiso social o que estimule necesariamente la creatividad y la crítica. En otras palabras, se está postulando aquí que será lector aquel individuo que, además de la alfabetización y de un dominio pragmático del código escrito, manipule con relativa frecuencia, por razones de su inserción social, los valores, sistemas de referencia y procesos de significación autorizados por el discurso de la escritura, guste o no de la novela, tenga o no placer al leer.

11. Osakabe, H. "El mundo de la escritura". En: Abreu, M. (org.) *Lecturas en el Brasil*. Campinas: Mercado de letras/ALB, 1995, p. 19.

12. Freire, Paulo. "Alfabetización de adultos y bibliotecas populares, una introducción". En: *La importancia del acto de leer*. Sao Paulo: Cortez/Editores Asociados. 1982, p. 27.

